

Avance sobre el estudio de la necrópolis medieval del Chao Samartín en Castro (Grandas de Salime, Asturias)

ÁNGEL VILLA VALDÉS*, RUBÉN MONTES LÓPEZ**,
SUSANA HEVIA GONZÁLEZ**, NICHOLAS V. PASSALACQUA***,
ANDREW C. WILSON**** Y LUIS CABO PÉREZ****

* Arqueólogo. Dirección General de Patrimonio Cultural.
Consejería de Cultura y Turismo del Principado de Asturias.
Correo electrónico: angelvv@princast.es

** Arqueólogos. Plan Arqueológico del Navia-Eo.
Consejería de Cultura y Turismo del Principado de Asturias.
Correo electrónico: rubenmontes@chaosamartin.es / susanahevia@chaosamartin.es

*** Antropólogo. Departamento de Antropología,
Michigan State University, EE.UU.
Correo electrónico: passala5@msu.edu.

**** Departamento de Ciencias Forenses. Mercyhurst Archaeological Institute.
Mercyhurst College, Erie, Pensilvania. EE.UU.
Correo electrónico: lcabo@mercyhurst.edu

RESUMEN: El Chao Samartín es un paraje inmediato al pueblo de Castro, en la localidad asturiana de Grandas de Salime, donde las evidencias de asentamientos estables fortificados se remontan a finales de la Edad del Bronce. La ocupación del lugar se prolongó durante la Edad del Hierro hasta bien consumada la implantación romana, cuando, durante la segunda mitad del siglo II d. de C., un violento seísmo asoló el poblado y precipitó su definitivo abandono. Por el momento, el registro arqueológico indica un largo hiato en la utilización del Chao Samartín, hasta que a partir del siglo VIII d. de C., en tiempos medievales y coincidiendo con los albores de la monarquía asturiana, se constata el expolio sistemático de las ruinas del poblado castreño y posterior desarrollo de un

ABSTRACT: The Chao Samartin site is located adjacent to the small village of Castro, in the Grandas de Salime Township (Asturias, northern Spain). The site displays evidence of fortified settlements from the Late Bronze Age, in the transition between the 9th and 10th centuries b.C. Site occupation persisted during the Iron Age, until Roman control was well established. At that time (second half of the 2nd Century a.D.), a violent earthquake destroyed the settlement, triggering its sudden abandonment. Current archaeological data display a prolonged hiatus in site activity after this event, until the 8th century a.D. At this moment, a systematic process of extraction and re-utilization of site materials is detected, followed by the establishment of a Medieval necropolis. The new funerary space flanks the most prominent Roman structure at Chao Samartín, a *domus* displaying rich ornaments and mural paintings dated in the 1st century a. D. The present study discusses the ideological components underlying the repeated election of certain locations, such as Chao Samartín, as occupation areas in a process spanning from Prehistory. The symbolic meaning of these locations persists along the ages, through their successive and repeated individualization by the local populations through different mechanisms. As a matter of fact, the *raison d'être* of the Asturian *castra* (hillforts) has an ideological and symbolic dimension transcending the mere military and defensive advantages provided by their emplacement and fortifications. This dimension explains the persistence of their toponyms in the local cultural traditions, their adoption by the Medieval Catholic Church as liturgical landmarks or, in sum, their relevance as primary references in what has been termed as the Sacred Geography of Asturias. This symbolic significance is not an exclusive trait of Asturian hillforts. The sepulcher attributed to Apostle St. Jacob in the neighboring Galicia, whose discovery set the foundation of St. Jacob's route of pilgrimage, is located precisely in a hillfort. A comprehensive description of the Chao Samartín Medieval necropolis is presented, including location and spatial distribution of the burials, as well as burial typologies. The excavated burials can be divided into two main categories, depending on whether they are encased in a complete stone structure, or just display a simple stone cover. These typologies can be sub-divided into different subcategories, based on masonry features or the

espacio funerario en torno a la más notable construcción de época romana, una *domus* del siglo I d. de C. ricamente ornamentada con estucos y pinturas murales.

En este artículo se reflexiona acerca del significado ideológico que animó, desde la Prehistoria, la selección de determinados emplazamientos como lugar de habitación y de cómo su profundo arraigo en la mentalidad popular se proyecta a lo largo de los siglos para seguir individualizándolos ritualmente en el paisaje mediante diversos mecanismos.

PALABRAS CLAVE: castros, paleodemografía, tipología funeraria, carbono 14, geografía sagrada, marcadores de estrés.

biological profile or number of individuals sharing the burial. The study examines the most important paleodemographic characteristics of the recovered human remains. Stress is set on those demographic markers that could shed some light on the origin of the necropolis, either as the result of an expansion of the local population, or of a migratory influx linked to the establishment of St. Jacob's Road.

The human sample consists of a minimum number (MNI) of 61 individuals, with a predominance of pre-pubescent individuals and mature and senile adults, over adolescents and young adults. This age distribution is consistent with the *attrition* pattern more habitual in stable populations from this chronology, rather than with *catastrophic* patterns expected from punctual migratory or epidemiologic events. The adult sex distribution shows an overrepresentation of males over females, approximately resulting in a 2:1 sex ratio. Still, the high proportion of infants, combined with the predominance of young individuals (in the age range of first parturition) among those not allowing for sex diagnosis, strongly suggest that the unbalanced age ratio is related to identification biases, rather than to a potential migratory influx. Besides the relatively high average stature, and the moderate degree of sexual dimorphism observed in the sample, other populational stress indicators depict a relatively healthy and wealthy population for the chronology.

The Chao Samartín sample displays surprisingly good levels of dental health, low frequencies of ante-mortem trauma, absence of peri-mortem trauma, and low to moderate expression of osteoarthritic and degenerative processes in the articular surfaces. The large sample size, combined with the quality of the associated archaeological information, and the virtual absence in the region of similar comprehensively studied collections, confers an extraordinary value to the Chao Samartín Medieval sample as a necessary reference collection for the study of Asturian Medieval populations.

Finally, the study is completed with the presentation of the existing C14 dates, establishing the chronological intervals within which the described processes took place.

KEYWORDS: hillforts, paleodemography, funerary typologies, c14, sacred geography, stress markers.

LOS CASTROS EN LA GEOGRAFÍA
SAGRADA DE ASTURIAS

La implantación de los primeros poblados fortificados a finales de la Edad del Bronce, generalizada ya durante la Edad del Hierro, significó la antropización masiva del paisaje de la Asturias protohistórica. Con el castro surge la referencia esencial para comprender el escenario donde se fraguaría la definitiva conformación del atlas étnico y territorial del que de forma sucinta dan cuenta los escritores grecolatinos. La sociedad castreña, las comunidades campesinas que monumentalizaron con obras formidables sus modestas aldeas, protagonizaron el debut de Asturias en la historia. Hasta tal punto su creación fue relevante que las consecuencias de aquel primer subrayado paisajístico habrían de trascender en varios siglos el tiempo de vigencia de las comunidades castreñas. Y es que más allá de las pretendidas ventajas defensivas de los emplazamientos, los castros fueron, antes que plazas fortificadas, antes que una solución militar, una formulación ideológica. He ahí la razón de su pervivencia en la toponimia y en las tradiciones de toda índole o del pertinaz encubrimiento litúrgico emprendido por la Iglesia, en definitiva, de su arraigo como referencia de primer orden en el ideario popular que conforma la que J. L. Rodríguez-Vigil y R. Rodríguez denominaron *geografía sagrada* de Asturias. Una circunstancia que en absoluto resulta ajena al resto de la región noroeste de la península ibérica, como bien

revela el hecho de que fuese precisamente un castro el lugar donde Teodomiro, obispo de Iria Flavia, localizará en 829 el hallazgo de la tumba del Apóstol (Cebrián, 1997: 22).

El progreso en la investigación arqueológica permite atisbar cada día con más claridad las circunstancias que favorecieron la paulatina sedentarización de la población local durante la Edad del Bronce como tendencia de un proceso que habría de cristalizar, hacia el 800 a. de C., con la fundación de los primeros poblados estables. Para que así sucediera debieron concurrir factores de naturaleza diversa que propiciaron la intensificación agraria, la producción de excedentes y formas de organización social capaces de redistribuir aquellos y canalizar el esfuerzo del grupo hacia empresas de interés común, para las que se requirió la inversión de una fuerza de trabajo considerable, tal es el caso de los fosos y las cercas que delimitaron los primitivos recintos.

No obstante, este magnífico esfuerzo se focalizó hacia lugares que no siempre reunían las condiciones de inexpugnabilidad supuestas convencionalmente a los asentamientos castreños. Sorprende, por ejemplo, la accesibilidad de enclaves como el Chao Samartín (fig. 1), la vulnerabilidad del monte Castrelo de Pelou o la discutible eficacia militar de un poblado como Os Castros, en Taramundi. En el primero, el mejor estudiado, se instaló a finales de la Edad del Bronce un recinto delimitado por estructuras de cierre magníficas que tan solo custodiaban un gran edificio elevado en el

centro de la meseta y un bosque de robles. El carácter ritual de la instalación está suficientemente avalado por el tipo de metalistería recuperado, la ausencia absoluta de indicios de habitación o actividades domésticas y por el depósito de un cráneo humano custodiado en una cista de piedra instalada al pie de la puerta meridional. Lo singular en este caso es que, presidiendo el conjunto, se alza un crestón cuarcítico que se proyecta sobre los acantilados del río Cabalos, a modo de mascarón caprichoso y prominente, interrumpiendo la línea empalizada que se abre aquí para formar un pasillo entre la fachada del edificio y la roca, a cuyo pie se hizo arder una hoguera (fig. 2). Un escenario ciertamente sugestivo que inevitablemente evoca otra de las rocas míticas en Asturias como es Peña Tú, en Puertas de Vidiago. Allí, las interpretaciones más recientes proponen la vigencia de la roca como referencia mítica mucho más allá del segmento temporal que apuntan las variaciones estilísticas de su decoración. En realidad, se propone la roca como origen mismo del mito y no a partir de su conversión en soporte de grabados y pinturas (Blas, 2003). Visto el particular tratamiento otorgado en la organización espacial de la acrópolis del Chao Samartín, no parece descabellado pretender que algo similar también hubiese ocurrido aquí, prestándose estas evidencias para interpretar la construcción del recinto como consecuencia de una doble intención: la monumentalización de un lugar sacro mediante la artificiosa amplificación de su visibilidad y, por qué no, la apropiación del símbolo por parte de un grupo o comunidad (fig. 3).

Sobre el origen del mito poco cabe aportar. El culto a determinadas piedras derivado de su utilización como hitos territoriales, lugares de encuentro e intercambio (Lubbock, 1912: 274) conviene al caso y se ajusta sin estridencias a la vinculación establecida entre lugares de paso e implantación de asentamientos fortificados en la Europa atlántica desde comienzos del I milenio a. de C. (Ruiz Gálvez, 1998: 227).

Del vigor con que esta y otras creencias ancestrales pervivían siglos después de la quiebra del mundo castreño dan cumplida cuenta los desvelos de san Martín de Dumio. Su empeño por corregir comportamientos

atávicos, incompatibles, en su opinión, con la fe cristiana, impregnó el Segundo Concilio de Braga (572), y sus recomendaciones son bien conocidas a través del subsidio práctico *De correctione rusticorum*, compendio de las tradiciones paganas a enmendar: «¿Cómo puede un hombre cristiano tener por dioses a las polillas y ratones? Por mucho que las veneréis y ofrezcáis sacrificios para tutelas de vuestras tinajas y vuestras harcas, no dejarán de roeros el pan y los paños [...]. No acabáis de entender cuánto os engañan los demonios en esas observaciones y agüeros que practicáis; como dice el sabio Salomón, “Las adivinaciones y augurios son vanos”. ¿Qué esperan esos infelices atentos siempre al vuelo de las aves?». En su discurso hay referencia explícita al culto a elementos naturales, entre ellos las piedras: «¿Qué es sino adoración del diablo el encender cirios a las piedras a los árboles, a las fuentes [...]?», aunque, según parece, con poco éxito, si nos atenemos a lo relatado en la pizarra de Carrio, documento epigráfico de extraordinario interés, datado en el siglo VIII, en el que se entremezclan informaciones de orden teológico, jurídico y etnográfico; su enunciado resalta la condición de la roca como hito litúrgico que se proyecta, más allá de lo religioso, sobre actos jurídicos y protocolarios: «I(n) petra a q(ua) dieri-bus em(e)re cepi nonia qu(e) neces(s)aria sunt sup(er) [...] (“En la piedra desde la que un día decidí comprar los derechos necesarios sobre la casa y terrenos [...]”))» (Diego Santos, 1993: 29).

Con este ejemplo, referido al Chao Samartín, solo pretendemos ilustrar hasta qué punto comienzan a perfilarse argumentos que permiten relativizar, al menos como factor excluyente, la importancia de las prestaciones defensivas en la selección de los emplazamientos. Sin duda alguna, la posición destacada de los castros —que, en términos poliorcéticos, no debe confundirse con posición dominante— y el porte soberbio de fosos y murallas configuran un decorado que ha enmascarado tradicionalmente otras circunstancias, en ocasiones de carácter inmaterial y, por tanto, de interpretación inevitablemente controvertida. En todo caso, se trata de argumentar cómo sobre los mecanismos de selección de los hitos paisajísticos que han marcado históricamente un territorio se mantienen operativos condicionantes

de orden ideológico que, formalmente adaptados al lenguaje semiótico de la época, escogen un mismo escenario para su representación: témenos durante la Edad del Bronce, un poblado fortificado durante la Edad del Hierro, necrópolis (y templo, tal vez) en tiempos altomedievales y aún reivindicado como espacio sagrado en el tránsito hacia la Edad Moderna cuando se inhuman descuidadamente los últimos cuerpos infantiles.

En Asturias son abundantes los ejemplos de establecimientos de morfología castreña en los que se advierte la singularidad paisajística mantenida aún siglos después de su abandono y paradójicamente revitalizada por la Iglesia, al menos desde los albores de la Alta Edad Media, con la compulsa litúrgica otorgada mediante la imposición de hagiopónimos, la construcción de templos y la apertura de camposantos. José Manuel González recogió testimonios de hasta 23 castros en los que podría registrarse con ciertas garantías la presencia de templos o necrópolis y un número aún superior de asentamientos con advocación a santos, mártires o símbolos cristianos. Entre ellos se cuentan los castros grandaleses del Chao Samartín —del que recoge la noticia relativa a la presencia de los enterramientos que justifican este artículo— y el Cuturulo de Valabilleiro, donde informa del descubrimiento de restos constructivos atribuidos a una capilla y una lauda sepulcral, hoy desaparecida (González, 1978: 245).

CRÓNICA DEL HALLAZGO Y EXCAVACIÓN DE LA NECRÓPOLIS

Las ruinas del Chao Samartín se localizan en Castro, población que dista unos seis kilómetros de Grandas de Salime, capital del concejo. Con una altitud máxima de 675 m, el yacimiento se extiende a modo de meseta ligeramente combada sobre el promontorio que conforman los materiales más resistente de la formación Agüeira, niveles basales de cuarcita ordovícica que determinan la barrera casi vertical que se alza sobre el valle del río Cabalos. Hacia el este, la presencia de horizontes estratigráficos de menor competencia, fundamentalmente pizarras muy alteradas, favoreció la formación de una

depresión natural, acentuada al norte y sur por sendas vaguadas, que proporciona al emplazamiento un buen dominio visual sobre su entorno (fig. 4).

La secuencia de ocupación del lugar se constata con las primeras fortificaciones construidas durante la Edad del Bronce, ca. 800 a. de C. (Villa, 2002; Villa y Cabo, 2003). Su expansión y fortificación continuó durante la Edad del Hierro. Bajo dominio romano, el asentamiento se convierte en una próspera capital administrativa, hasta su destrucción por un terremoto y consiguiente abandono en el siglo II de nuestra era. Durante todo este prolongado periodo de ocupación, el asentamiento se caracteriza por la presencia de construcciones singulares que, por su monumentalidad y naturaleza, parecen trascender las funciones meramente defensivas o habitacionales, para tomar un marcado carácter simbólico (Villa, 2005). El yacimiento no evidencia actividad alguna desde este momento hasta tiempos altomedievales, varios siglos más tarde, probablemente entre los siglos IX y X de nuestra era. La elección del uso funerario y religioso para este espacio parece sugerir la pervivencia del significado simbólico del asentamiento, aun después de su destrucción.

La primera referencia al descubrimiento de tumbas en el lugar lo proporciona la encuesta para el diccionario geográfico promovido a finales del siglo XVIII por Martínez Marina, que además revela un dato muy interesante, por no estar reflejado en ninguna otra documentación, tal es que Castro fue conocido en tiempos anteriores a la redacción de la noticia como *Pola de Grandas*, término acorde con la condición de «lugar central» defendido para el asentamiento castreño del Chao Samartín hasta su abandono durante el siglo II d. de C. En este sentido, los términos son bastante explícitos: «Hay noticia que un lugar de la Parroquia llamado Castro, y antiguamente la Pola de Grandas hubo un Castillo sobre una peña, habiéndose hallado debajo de la tierra cerca de el huesos humanos [...]».

Las excavaciones arqueológicas en el lugar se iniciaron en 1990, aunque los primeros enterramientos no se localizaron hasta el 2002, cuando se emprendió la exploración del sector septentrional del yacimiento. Sin embargo, no eran estas las primeras evidencias que

remitían a tiempos altomedievales la historia del asentamiento. La excavación del poblado romano había puesto al descubierto un prolongado y exhaustivo expolio de amplios lienzos murales desmontados hasta sus cimientos (fig. 5). La rapiña se había producido sobre la trama urbana altoimperial, ya totalmente arruinada y, en buena parte, sepultada por los sedimentos acumulados durante los siglos de abandono. Aun así, la estratigrafía indica que algunas de aquellas centenarias paredes aún sobresalían en superficie, sirviendo así de guía en la identificación y vaciado de los paramentos. Por suerte, el desmonte se realizó mediante la excavación de trincheras bien ajustadas a la anchura de los muros, de tal forma que los depósitos arqueológicos asociados se conservaron intactos. Otra circunstancia afortunada fue el pronto relleno de las zanjas. De esta forma, se evitó la paulatina degradación de las *interficies*, que han permitido recomponer la secuencia estratigráfica asociada a los muros fantasma y, al tiempo, obtener dataciones absolutas próximas al momento en que la rebusca tuvo lugar (fig. 6). La antigüedad de los materiales sepultados remite con absoluta seguridad a un periodo comprendido entre los siglos VII y IX, si bien todas las fechas solapan su margen de confianza sobre la segunda mitad del siglo VIII d. de C.

Como ya se ha dicho, los primeros enterramientos fueron identificados en el 2002, cuando se emprendió la exploración del área norte del yacimiento, hasta entonces inédita por lo que al registro arqueológico se refiere. Hasta la fecha, excavados unos 400 m² del espacio funerario, se han identificado más de cincuenta inhumaciones, aunque, como veremos, en condiciones de depósito y conservación muy diversas. Evidentemente, este conjunto constituye tan solo una muestra, esperemos que significativa, del uso funerario del Chao Samartín (fig. 7). La excavación constata que la degradación histórica de los horizontes sedimentarios relacionados con la necrópolis alcanzó una parte considerable de la superficie ya explorada, lo que significó, en la banda más septentrional, su total arrasamiento. Resta aún por definir la extensión del conjunto hacia el mediodía y el oriente. La documentación que aquí se expone reúne los resultados más significativos obte-

nidos desde el descubrimiento de las primeras tumbas hasta la campaña de excavación del 2007, si bien, por razones comprensibles, no se incluye el estudio antropológico de los restos recuperados en este último año.

El espacio sobre el que se dispusieron los enterramientos se extiende sobre las ruinas de una antigua *domus* romana construida durante el siglo I d. de C. y abandonada en torno al cambio de centuria (fig. 8). A pesar de la potente sedimentación ocasionada por el desplome de muros y cubiertas, que supera ocasionalmente los dos metros de altura, las ruinas aún sobresalían sobre un suelo accidentado en el momento en que se instaló la necrópolis. De hecho, son varios los ejemplos en que las tumbas se adosan a los paramentos de las paredes romanas, integrándolos como parte de la estructura funeraria, solución que propiciaba la disposición ortogonal de los muros y su orientación más o menos ajustada a los cardinales (fig. 9).

LAS TUMBAS: MODALIDADES DE ENTERRAMIENTO Y CRONOLOGÍA

Los enterramientos hasta la fecha documentados se realizaron de acuerdo a dos modalidades principales según se depositase el cadáver en tumbas delimitadas por estructuras pétreas (A) o, sencillamente, en fosa (B). Ambas opciones presentan, a su vez, soluciones diversas según el material o el tipo de mampostería empleado y la naturaleza y número de los restos inhumados.

Tenemos, de esta forma, dentro del grupo A, tumbas de lajas convencionales delimitadas por losas de pizarra hincadas, tumbas delimitadas por mampostería de aparejo cuarcítico irregular o soluciones mixtas en las que ambas técnicas aparecen revistiendo tramos de una misma zanja, pues su aplicación parece responder, más que a diferentes épocas o tradiciones, a simple economía en la captación de materiales, de forma que se recurría al material pétreo disponible según el tipo de fábrica de los paramentos y derrumbes más próximos (fig. 10).

Sí se advierte, sin embargo, una variación evidente en la forma de clausura del enterramiento según se

proceda o no al relleno de la tumba antes de instalar las piedras de cobertera.

En unos casos, tras la deposición del cadáver, la tumba se rellena deliberadamente con tierra y, con posterioridad, se colocan las coberteras. Estas consisten en lajas de pizarra de tamaño variable que, en algunos casos, como T-2, T-12 o T-34, son grandes lastras dispuestas en sentido longitudinal hasta tapar el enterramiento, mientras que en otras, por ejemplo T-23 o T-24, se recurre a piezas más cortas dispuestas en sentido transversal para completar la cubierta (fig. 11). Entre las tumbas así resueltas, que son la mayor parte, se han identificado algunas en las que la laja vertical de cierre hacia poniente sobresale llamativamente respecto al resto de la estructura y, por consiguiente, proporcionaba una referencia topográfica inequívoca de la posición de la cabecera. Pueden señalarse como ejemplos probados de tal recurso los enterramientos T-3, T-9, T-15, T-29, T-38 y T-39 (fig. 12). En ocasiones, este primer grupo de tumbas añade a las características generales descritas la instalación dentro de la cabecera de un nicho más reducido, delimitado con lajas hincadas que acogen la cabeza del difunto. Se ha observado tan solo en tres enterramientos (T-16, T-17 y T-23), todos ellos localizados en la zona oriental del espacio de necrópolis explorado (fig. 13).

En otras ocasiones, las tumbas carecen de relleno intencionado, como ocurre en T-5, T-6 y T-8. Aquí los depósitos que más o menos colmatan su interior no son consecuencia de un echadizo, sino de filtraciones accidentales posteriores. Es natural que el sellado de este tipo de estructura requiriese su ocultamiento bajo un ligero túmulo de tierra, bien documentado en T-5 y T-6 (fig. 14), como también es razonable la vinculación advertida con los escasos esteliformes exentos identificados in situ, imprescindibles para la localización superficial de las inhumaciones (fig. 15).

La distribución de los restos óseos evidencia el traslado y reubicación frecuente de los despojos, y no resulta extraña la presencia de osarios sobre el último cadáver depositado en la tumba o compartiendo espacio en cistas correspondientes a enterramientos infantiles (fig. 14).

El periodo de instalación de este primer tipo de enterramientos está datado con seguridad en tiempos altomedievales, con máxima probabilidad entre los siglos VIII y X d. de C. Los enterramientos se dispusieron sobre el horizonte de circulación que entonces determinaba el techo de las ruinas altoimperiales, en un sustrato de excavación incómoda por la concentración de mampuestos y escombros de distinta naturaleza, cuando no de muros que debieron ser rebajados en extensión suficiente para recoger los cuerpos (T-15, T-18, T-19, T-20, T-29 y T-30) (fig. 16). Por otro lado, ofrecía un cómodo e inmediato suministro de piedras para la delimitación y cubierta de la tumba.

El grupo B lo integran aquellos enterramientos carentes de estructura pétreo en los que la inhumación se realiza en una fosa simple que cobija el cadáver sin más añadidos. Queda la duda de la adscripción de estas inhumaciones, escasas entre las excavadas, por localizarse en horizontes estratigráficos intensamente alterados. En este sentido, no debe descartarse que la ausencia de estructuras más complejas pudiera explicarse en algún caso por el arrasamiento total que en determinados sectores sufrieron los sedimentos más recientes. De hecho, no es excepcional que de alguna de estas tumbas tan solo reste, como sutil relicto de su existencia, alguna pieza ósea —generalmente un hueso largo o fragmentos del cráneo, siempre muy deteriorados— inmersa en un exiguo lentejón estratigráfico. Tampoco se han realizado, hasta la fecha, dataciones radiométricas de estos restos que permitan despejar con absoluta precisión su antigüedad.

Menos incertidumbres plantean las fosas irregulares concentradas en el sector más septentrional del conjunto (T-46, 47, 48, 49, 50 y 51): un grupo de al menos seis hoyos¹ excavados en un área en la que, por su pronunciada pendiente, apenas se han conservado los aportes sedimentarios retenidos en su momento sobre la ruina romana (fig. 17). Es por ello por lo que muchas de estas fosas rompen los viejos pavimentos del siglo I d. de C. y apenas conservan vínculos estratigráficos de

¹ A los que deben añadirse otros depósitos dispersos, probablemente alterados por el arrasamiento de estructuras similares afectadas por el laboreo agrícola.

contacto que permitan su contextualización respecto al resto de la necrópolis (fig. 18). Por fortuna, este inconveniente ha podido corregirse mediante las dataciones de carbono 14. Las fechas obtenidas constatan la modernidad relativa de estas inhumaciones, que pueden atribuirse grosso modo a la primera mitad del siglo xv d. de C.

LOS RESTOS HUMANOS: ESTUDIO PALEODEMOGRÁFICO

El presente trabajo examina los aspectos paleodemográficos más inmediatos de las muestras recuperadas en el Chao Samartín. En particular, junto a una descripción general y cuantitativa del conjunto, se presta especial atención a aquellos indicadores demográficos, como la distribución de edades, que pudieran indicar la asociación de la necrópolis bien con un asentamiento estable, bien con movimientos migratorios poblacionales.

La necrópolis del Chao Samartín presenta un especial interés en este sentido, debido tanto a la cronología de los enterramientos como al fuerte componente simbólico del yacimiento en época romana y prerromana. Esta necrópolis representa la reutilización, tras un prolongado abandono, de un espacio caracterizado previamente por una extraordinaria vitalidad y la abundancia de estructuras monumentales con un fuerte contenido simbólico, durante un periodo de ocupación continua próximo al milenio.

La recuperación de este espacio con fines funerarios viene, además, a coincidir con procesos de reordenamiento político y eclesiástico y, por consiguiente, de consecuencias inevitables sobre la demografía, interrelacionados y de especial importancia en la zona: la expansión y asentamiento del reino de Asturias y el establecimiento de la ruta jacobea primitiva, sobre la que se emplaza el yacimiento. El perfil biológico y demográfico de la población representada por los enterramientos medievales de Chao Samartín, por tanto, puede aportar datos de interés para la comprensión de los movimientos demográficos y los cambios sociales asociados a estos procesos.

En términos generales, la aparición de la necrópolis medieval del Chao Samartín puede ser interpretada en relación con (a) una expansión poblacional o la recuperación de espacios tradicionales más alejados de los asentamientos como consecuencia de la estabilización y asentamiento del reino de Asturias; (b) la revitalización de espacios tradicionales con un alto contenido simbólico y religioso, o (c) con un influjo poblacional ligado directamente a la ruta jacobea al modo de los tradicionales cementerios de peregrinos. Un incremento puntual de la mortalidad, ligado a hambrunas o epidemias, puede dar lugar a la creación de nuevas necrópolis aparentemente en discontinuidad con las áreas de enterramiento habituales, pero, debido a la urgencia asociada a estos episodios, las sepulturas no suelen mostrar en estos casos la complejidad y uniformidad del modelo estructural evidente en Chao Samartín para este periodo.

En este sentido, los patrones de mortalidad relacionados con expansiones poblacionales o territoriales mostrarán perfiles muy diferentes de a los asociados con influjos externos de población o crisis demográficas. Los primeros, a los que denominaremos como de *atracción*, se caracterizarán por una alta proporción de los grupos de edad con mortalidades naturales más altas, en los extremos de distribución de edades. Esto es, los individuos neonatos-infantiles y maduros-seniles. Por el contrario, los patrones paleodemográficos asociados a crisis poblacionales (a los que nos referiremos en adelante como patrones *catastróficos*) se corresponderán más fielmente con la distribución de edades de la población viva, con un mayor número de adultos jóvenes que de maduros-ancianos. En el caso de fenómenos de inmigración temporal, como podría ser un influjo de peregrinos, las clases de edad y sexo con más movilidad (sobre todo los varones adultos jóvenes) estarían también sobrerrepresentadas, mientras que los neonatos e individuos infantiles estarían infrarrepresentados.

MATERIAL Y MÉTODOS

Los restos estudiados corresponden a cuarenta enterramientos excavados durante las campañas del 2004

al 2006 y una parte de los descubiertos en el 2007. Fueron registradas individualmente veintiséis variables correspondientes a cada elemento óseo, incluyendo diagnóstico anatómico, estado de conservación y fragmentación, alteraciones y marcas de superficie, variables relacionadas con la presencia de trauma óseo ante, peri y *post mórtem*, y variables métricas. La articulación o asociación anatómica con otros elementos fue también consignada. Los trabajos de restauración y consolidación fueron reducidos a aquellos casos en los que resultó estrictamente imprescindible, dada la fragilidad estructural del hueso para su manipulación y análisis. En estos casos se empleó un adhesivo con base de nitrato de celulosa (Duco Cement®).

Todos los elementos craneales, dentales y rasgos diagnósticos fueron fotografiados digitalmente. Todas las variables métricas propuestas por Buikstra y Ubelaker (1994) fueron medidas con un error de $\pm 0,1$ mm, siempre que estuvieran presentes.

A continuación, se estimó el perfil biológico (sexo, edad, estatura, trauma y patologías) de todos los individuos identificados, así como de los elementos inconexos. El diagnóstico de edad de los individuos neonatales, infantiles y adolescentes se realizó fundamentalmente a partir de las dimensiones de huesos largos (Fazekas y Kosa, 1978; Ubelaker, 1978), el desarrollo de la dentición y el estado de fusión-desarrollo de los distintos elementos óseos (Albert y Maples, 1995; Crowder y Austin, 2005; Kósa y Castellana, 2005; Scheuer y Black, 2004; Tocheri y Molto, 2002). En adultos, el diagnóstico de edad se basó principalmente en la morfología de la sínfisis púbica (Suchey y Katz, 1998), el extremo esternal de la cuarta costilla (Ischan y otros, 1984, 1985) y la superficie auricular del ilion (Lovejoy y otros, 1985). Otros elementos diagnósticos, como las suturas craneales o palatinas, o la superficie auricular del sacro fueron empleados en ausencia de estas zonas anatómicas (Mann y otros, 1991; Meindl y Lovejoy, 1985; Passalacqua, 2007 y Passalacqua y Cabo, 2007). Factores como el grado de desgaste dentario o la presencia y extensión de procesos artríticos fueron empleados como indicadores de edades relativas entre individuos o deterioro senil.

Los intervalos de edad obtenidos para cada individuo se categorizaron a continuación en seis categorías, que representan estadios mayores de desarrollo y degeneración. Estas categorías, con sus equivalencias aproximadas en edad, son las siguientes:

- *Neonato*: menores de dos años, incluyendo perinatales.
- *Infantil*: 2 a 12 años.
- *Adolescente*: 13 a 19 años.
- *Adulto joven*: 20 a 35 años.
- *Adulto maduro*: 36 a 55 años.
- *Adulto senil*: +55 años.

Es importante recalcar de nuevo que estas correspondencias entre edades cronológicas y categorías de edad son meramente orientativas. Aparte de la diferenciación entre infantiles y neonatos, la adscripción de cada individuo a una categoría de edad se realizó de acuerdo con indicadores generales de desarrollo, más que con los intervalos de confianza de edad ofrecidos por los distintos métodos. Esto se debe a que, en general, los intervalos de edad en adultos ofrecen colas amplias y, a menudo, son abiertos en uno de sus extremos (particularmente el superior), solapando con distintas clases de edad. Así, la distinción entre adolescentes y adultos jóvenes se basó, en realidad, en la presencia o ausencia de procesos de desarrollo (en particular, de fusiones epifisarias y erupción del tercer molar). Los adultos jóvenes se distinguen de los maduros en función de la presencia de procesos de desarrollo tardíos (como el del extremo esternal de la clavícula o las primeras vértebras sacras), la ausencia de desarrollos degenerativos y el desgaste dental poco acusado. El grado de desgaste y la pérdida de piezas dentales, así como la presencia o ausencia de procesos degenerativos severos y generalizados, que habrían limitado las actividades del individuo, se emplearon como criterios para distinguir la más difusa línea entre adultos maduros y seniles.

En cuanto a los individuos infantiles, es necesario señalar que, a pesar de ser necesario agruparlos con los neonatos para el cálculo de la mortalidad infantil, los individuos de más de 2 y menos de 5 años se agru-

paron como infantiles junto con individuos de edades superiores. Esta estrategia se adoptó debido al solapamiento entre grupos de edad a estas edades ya que, para los objetivos de este estudio, son innecesarias las correcciones habituales para la estima de la mortalidad infantil. Esta no se aborda en este trabajo, al considerar más conveniente realizar las estimas sobre la totalidad de la necrópolis, una vez concluida su excavación, para evitar sesgos relacionados con una posible distribución espacial anisotrópica de los niños y neonatos, frecuente en necrópolis de estas cronologías.

Las frecuencias relativas de cada una de estas clases de edad fueron estimadas, para producir una primera estima de la distribución demográfica por edades de la muestra. La presencia y frecuencias relativas de adultos e individuos neonatos e infantiles en los distintos tipos de enterramiento fueron examinadas, y la presencia de divergencias sobre el modelo aleatorio de los patrones de asociación entre clases de edad y sexos fue comprobada mediante las distribuciones binomiales teóricas correspondientes, y pruebas de bondad de ajuste de la χ^2 .

El diagnóstico sexual en adultos se realizó a partir de los rasgos morfológicos pélvicos y craneales más habituales, así como por análisis de variables canónicas a partir de las bases de datos para poblaciones históricas (siglo XIX) del programa Fordisc 3.0 (Ousley y Jantz, 1996). Las mismas bases de datos fueron empleadas para obtener las ecuaciones de regresión para la estima de la estatura.

Finalmente, el cálculo del número mínimo de individuos (MNI) se realizó teniendo en cuenta la presencia de elementos repetidos o de clases de edad o sexo incompatibles.

RESULTADOS

Los diagnósticos individuales de sexo y edad, por individuo y sepultura (unidad de excavación), se exponen en la tabla 1. El número mínimo de individuos es de 61, con neonatos (individuos perinatales) e infantiles como las clases de edad más representadas, seguidas de

los adultos maduros (gráfico 1). La ratio de individuos inmaduros sobre adultos y adolescentes es aproximadamente del 50 %. Cuando se agrupan las clases de edad, se observa que los adultos jóvenes aparecen subrepresentados, aun cuando se combinen con los adolescentes (gráfico 2).

De las cuarenta sepulturas, catorce presentan múltiples individuos (35 %), que contienen un mínimo de 35 individuos (57 % de la muestra). El término *múltiple* se emplea aquí simplemente para indicar la presencia de más de un individuo, sin ninguna implicación arqueológica relativa a la intencionalidad o cronología relativa de las inhumaciones, y sin descartar asociaciones accidentales a través de los materiales de relleno. Once de las catorce sepulturas múltiples (aproximadamente un 79 %) contienen al menos un individuo infantil o neonato. Esta proporción se corresponde con las probabilidades esperadas en caso de que el emplazamiento de los individuos inmaduros en tumbas múltiples o sencillas se produzca al azar, y no en función de una preferencia especial. La distribución binomial calculada a partir de la frecuencia de individuos infantiles y neonatos en los enterramientos sencillos (0,46), bajo la hipótesis nula de composición aleatoria del enterramiento, ofrece una probabilidad de 0,84 (84 %) de aparición de al menos un individuo inmaduro en una tumba con tres individuos, y de 0,79 si la sepultura contiene dos individuos. La probabilidad de obtener por combinación aleatoria un número igual o mayor al observado de tumbas múltiples con al menos un individuo infantil, dado el número y composición de sepulturas de la muestra, es superior a 0,75 (75 %).

Entre los adultos, los varones doblan en número a las mujeres, en aquellos casos en los que el sexo pudo ser determinado. Teniendo en cuenta el alto número de neonatos presentes en la muestra, esto puede indicar un sesgo en la identificación de sexo, más que una subrepresentación de las mujeres en la población enterrada. Sin embargo, en todos aquellos casos en los que la estima métrica o craneal del sexo pudo ser contrastada con la basada en la región púbica (más fiable), los diagnósticos siempre fueron coincidentes. De cualquier manera, es necesario recordar que el diagnóstico

de sexo es más complicado en individuos adolescentes y jóvenes, clases de edad en las que la mortalidad femenina asociada al parto es más alta, lo cual podría explicar un sesgo en este sentido.

Fue posible estimar el sexo del adulto en seis de los siete enterramientos múltiples con presencia de al menos un adulto y un niño (que representan aproximadamente el 70 % de los enterramientos múltiples). En cinco de estos seis enterramientos el adulto resultó ser un varón. A pesar de este aparentemente alto porcentaje (83 %), con la distribución sexual observada en adultos esto no es indicativo de una preferencia por el enterramiento de niños con adultos varones ($\chi^2=0,75$, 1 g.l.; $p = 0,386$).

La estatura media obtenida es de $154,6 \pm 4,1$ cm para las mujeres ($n = 3$) y de $167,4 \pm 6,4$ cm para los varones ($n = 6$). En cuanto a las patologías, las dentarias (caries e hipoplasias) son las más frecuentes, apareciendo en el 40 % de aquellos individuos recuperados en las campañas 2006-2007 en los que se recuperaron elementos dentales ($n = 20$). Las caries presentes son en general de reducido tamaño, y no aparecen en ningún caso indicaciones de abscesos alveolares. Las hipoplasias son también moderadas, y en casi todos los casos parecen estar desarrollándose en torno a los cuatro años, periodo normal para la aparición de estas lesiones (Lewis y Roberts, 1997).

Tabla 1. Diagnósticos individuales de sexo y edad para todos los individuos de la muestra

Tumba	U. E.	Individuo	Muestra	Sexo	Clase de edad	Rango de edad	Estatura (cm)
T-44	1420	1	2004-05	-	Neonato	0-6 meses	N/A
T-45	1407	1	2004-05	-	Neonato	0-6 meses	N/A
		2	2004-05	V	Adulto joven	15-23 años	163.0 ± 6.5
T-1	1441	1	2004-05	M	Adulto maduro	35-50 años	N/A
		2	2004-05	-	Adulto ind.	>18 años	N/A
		3	2004-05	-	Neonato	0-6 meses	N/A
T-2	1468	1	2004-05	-	Adulto Ind.	> 17 años	164.0 ± 3.4
T-3	1496	1	2004-05	-	Infantil	7-12 años	N/A
		2	2004-05	-	-	-	N/A
		3	2004-05	-	Neonato	0-12 meses	N/A
T-3	1448	1	2004-05	-	Infantil	3-9 años	N/A
		2	2004-05	-	Adulto	>14 años	N/A
T-2	1531	1	2006-07	V	Adulto senil	40-80 años	157.7 ± 8.1
		2	2006-07	-	Neonato	6-18 meses	N/A
		3	2006-07	-	Infantil	2-4 años	N/A
T-4	1473, 1493	1	2004-05	M	Adulto joven	17-24 años	N/A
		2	2004-05	-	Adulto joven	>18 años	N/A
		3	2004-05	-	Adulto Ind.	>14 años	N/A
T-5	1509	1	2004-05	-	Neonato	6-9 meses	N/A
		2	2004-05	V	Adulto joven	25-35 años	N/A
		3	2004-05	V	Adulto maduro	21-57 años	N/A
T-6	1512	1	2004-05	-	Neonato	0 ± 3 meses	N/A
T-7	1532	1	2004-05	-	Neonato	6-18 meses	N/A
T-8	1978	1	2006-07	V	Adulto senil	50-85 años	174.0 ± 8.0
T-9	1558	1	2004-05	-	Infantil	6-12 años	N/A
T-II	1977	1	2006-07	M	Adulto maduro	30-60 años	150.4 ± 5.6

Tumba	U. E.	Individuo	Muestra	Sexo	Clase de edad	Rango de edad	Estatura (cm)
T-12	1636	1	2006-07	V	Adulto joven	25-50 años	168.7 ± 8.1
T-13	1211	1	2006-07	M	Infantil	5-9 años	N/A
T-14	1234	1	2006-07	M	Adolescente	11-15 años	N/A
T-15	888	1	2006-07	V	Infantil	9-15 años	N/A
		2	2006-07	-	Infantil	3-8 años	N/A
T-16	889	1	2006-07	V	Adulto maduro	30-50 años	N/A
T-17	1328	1	2006-07	V	Adulto senil	40-90 años	N/A
T-18	1549	1	2006-07	M	Adulto senil	40-60 años	158.5 ± 7.6
T-19	1561	1	2006-07	-	Neonato	3-9 meses	N/A
T-20	1320	1	2006-07	M	Adulto maduro	35-65 años	154.9 ± 5.6
T-21	1699	1	2006-07	V	Infantil	8-14 años	N/A
T-22	1911	1	2006-07	V	Infantil	4-8 años	N/A
T-23	1916	1	2006-07	M	Adulto joven	16-26 años	N/A
T-24	1149	1	2006-07	V	Adulto senil	40-80 años	N/A
T-25	1919	1	2006-07	V	Adulto maduro	30-80 años	167.0 ± 11.6
		2	2006-07	-	Adolescente	12-17 años	N/A
T-26	1974	1	2006-07	-	Infantil	6-10 años	N/A
T-29	19	1	2006-07	M	Adulto maduro	27-77 años	N/A
		2	2006-07	V	Adulto maduro	30-90 años	N/A
T-30	18	1	2006-07	V	Adulto maduro	30-50 años	N/A
T-31	17	1	2006-07	V	Adulto senil	40-90 años	N/A
T-48	1489	1	2004-05	-	Neonato	0-6 meses	N/A
		2	2004-05	-	Neonato	6-18 meses	N/A
T-49	1491	1	2004-05	-	Neonato	0-6 meses	N/A
T-51	1561	1	2004-05	-	Neonato	0-6 meses	N/A

Gráfico 1. Distribución por grupos de edad (n = 61)

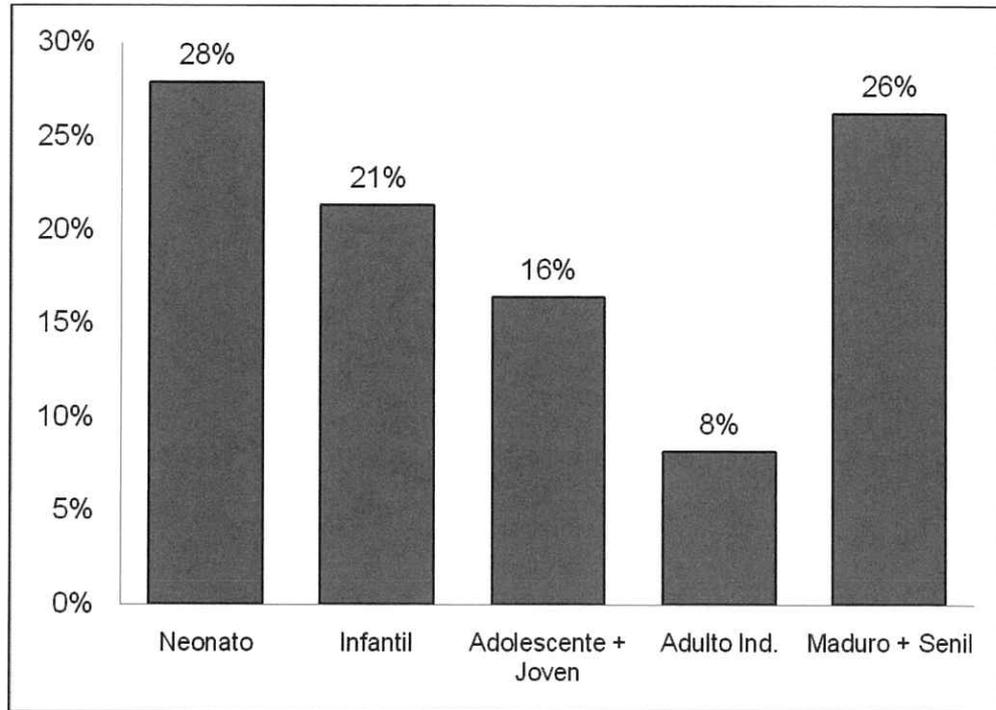
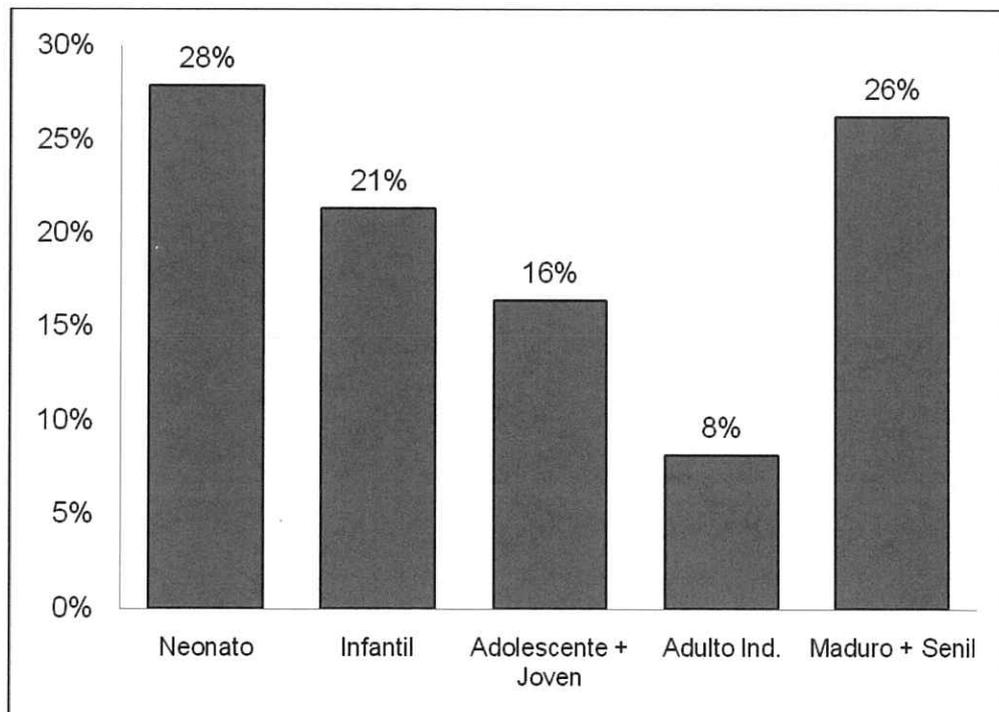


Gráfico 2. Distribución de clases de edad agrupadas



En lo que se refiere a trauma óseo, no se observan lesiones peri mórtem en ningún caso, y las lesiones ante mórtem están presentes en solo cuatro individuos (U. E. 1473-1, 1978, 1531-1 y 17). Los individuos 1978 (T-8), 1531 (T-2, individuo 1) y 17 (T-31) son en todos los casos adultos seniles, y la práctica totalidad de las lesiones observadas pueden ser atribuidas a procesos degenerativos asociados con el envejecimiento. La única excepción sería un depósito intercostal que afecta a las costillas derechas 4 a 6 del individuo 1531-1. Este estaría relacionado con una fractura de las costillas en esta área o, más probablemente, dada la aparente ausencia de líneas de fractura observables, de una inflamación pleural a nivel local de origen infeccioso.

De entre los individuos con trauma *ante mórtem*, U. E. 1978, 1531-1 y 17 son adultos seniles, y el trauma puede ser atribuido en gran medida a procesos degenerativos asociados con la edad. De especial interés, sin embargo, es el individuo 1 de T-4 (U. E. 1473, 1493), una mujer joven que presenta enubriación de la articulación humero-escapular, probablemente resultado de la dislocación traumática del hombro. Esta lesión aparece acompañada de la compresión superoinferior en las áreas ventrales de varios cuerpos vertebrales, la fusión de los cuerpos de dos vértebras torácicas y desarrollos artríticos (*lipping*) en prácticamente todos los cuerpos vertebrales, lo cual podría estar relacionado con un único episodio traumático. Adicionalmente, la mandíbula presenta pérdida con resorción de un gran número de piezas dentales, y las restantes presentan un muy alto grado de desgaste dental, con exposición de la dentina. Estas lesiones contrastan con la edad estimada a partir de diferentes marcadores, particularmente la sínfisis púbica, que muestra una fase 1 de Suchey-Brooks (Suchey y Katz, 1998), ofreciendo en conjunto una estima de entre 17 y 24 años.

DISCUSIÓN

La muestra estudiada se compone de al menos 61 individuos, con predominancia de las clases de edad infantiles y de adultos maduros o seniles, y frecuencias

significativamente menores de adolescentes y adultos jóvenes. Esta distribución es congruente con el patrón de atrición habitual en poblaciones estables de esta cronología (Šlaus 2000, y referencias contenidas), antes que a patrones catastróficos o epidemiológicos. Por sexos, los varones adultos doblan en número a las mujeres, pero la alta proporción de individuos inmaduros (aproximadamente la mitad de la muestra) permite descartar la hipótesis de que la necrópolis refleje primariamente un fenómeno temporal de inmigración, como el peregrinaje a través de la ruta jacobea.

La aparición de más de un individuo en una misma sepultura no parece reflejar ningún tipo de preferencia o hábito cultural en este sentido. La proporción de individuos infantiles en las sepulturas múltiples, así como la de las asociaciones de individuos de distintas edades y sexos, no muestran diferencias significativas con las aleatorias esperadas a partir de las distribuciones de sexo y edad observadas en los enterramientos sencillos.

La estatura pudo estimarse a partir de los huesos largos en nueve de los individuos adultos (31 %), lo que da una idea del estado de conservación pobre a moderado de la muestra. Las estaturas medias obtenidas son solo inferiores en 3 cm a las obtenidas para poblaciones británicas medievales (1200-1500 A. D., Khan-ad-Din, 2003, tabla 2), tanto en varones como en mujeres. El dimorfismo sexual en estatura es, sin embargo, idéntico al observado en estas poblaciones, e indica un nivel de estrés poblacional similar, y normal en poblaciones rurales medievales. Esta observación es congruente con la diferencia de aproximadamente -3,5 cm con el dimorfismo sexual registrado en poblaciones británicas más recientes (Schweich y Knüsel, 2003), así como con la muestra norteamericana contemporánea del Forensic Data Bank (FDB) (Jantz y Moore-Jansen, 2000). Aunque el dimorfismo sexual medio de la muestra de Chao Samartín es en realidad muy similar al del FDB en términos absolutos (tabla 2), al comparar ambas muestras debe tenerse en cuenta la mucho mayor estatura media de la muestra contemporánea (cerca de 7,5 cm mayor tanto para varones como para mujeres), ya que el dimorfismo sexual tiende a aumentar alométricamente con el tamaño corporal (Andersson, 1994).

Tabla 2. Estaturas medias para el Chao Samartín, en comparación con otras poblaciones (cm)

	Chao Samartín	Gran Bretaña		EE. UU.
		Medieval (Khan-ad-Din, 2003)	Moderna (Schweich y Knüsel, 2003)	Contemporánea (Jantz y Moore-Jansen, 2000)
Varones	167,4	170,1	170,7	174,8
Mujeres	154,6	157,9	160,2	161,8

Además de las estaturas medias y el dimorfismo sexual observados, otros indicadores de estrés poblacional y modo de vida perfilan una población relativamente sana y próspera para la época. Los patrones de desgaste dentario son similares a los de otras poblaciones medievales, con un desgaste severo relacionado con los métodos de molienda, que añadían materiales abrasivos a los alimentos. El estrés mecánico resultante sobre el aparato masticador explicaría también el patrón de pérdida de piezas dentales, habitual en poblaciones relativamente prósperas de esta cronología (Pechenkina y otros, 2002). La pérdida de piezas dentales (comenzando por los premolares y finalizando con los incisivos laterales y terceros molares) parece comenzar relativamente tarde, en torno a la cuarentena, y no completarse hasta bien avanzada la sexta década de vida, aunque debe tenerse en cuenta que las estimas de edad se basan en procesos degenerativos que podrían seguir patrones más acelerados que en las poblaciones de referencia. De hecho, la media de edad esquelética estimada es ligeramente inferior a la de edad dental ($-0,31$ años), lo que, si bien sugiere un cierto retardo del desarrollo esquelético con respecto a la edad cronológica, este es típico en poblaciones medievales (Gerven y otros, 1995), pudiendo incluso considerarse comparativamente reducido en el Chao Samartín.

La muestra del Chao Samartín presenta una salud dental sorprendentemente buena, especialmente cuando se compara con poblaciones medievales sometidas a altos niveles de estrés ambiental (véase por ejemplo Šlaus, 2000). Las frecuencias y poca severidad de caries dentales y, especialmente, de hipoplasia dental pueden considerarse bajas para poblaciones de estas

cronologías, indicando niveles moderados de estrés ambiental y poblacional.

Otra diferencia respecto a otras muestras medievales es la baja frecuencia de trauma *ante mórtem*, la ausencia de trauma peri mórtem y la moderada expresión de procesos osteoartíticos y degenerativos de las articulaciones. Estas características muestrales sugieren que la población estaba comparativamente menos sujeta a estresores ambientales y ocupacionales, y era menos proclive a la violencia interpersonal que otras poblaciones medievales, con lo que queda delineada en conjunto una población relativamente próspera y saludable para esa cronología.

Es necesario destacar también el tamaño de la muestra, que, combinado con la calidad de la información arqueológica asociada, la convierte en una colección de extraordinario valor comparativo para el estudio de poblaciones medievales asturianas, especialmente teniendo en cuenta la escasez de muestras similares convenientemente estudiadas en la región.

UNA CUESTIÓN POR RESOLVER

Las evidencias arqueológicas acotan para el establecimiento de la necrópolis del Chao Samartín un tiempo de reorganización territorial, marcada por la ruralidad y dispersión del hábitat, que habrá de desarrollarse al amparo de nuevos poderes sobre un paisaje en el que las ruinas de los antiguos asentamientos se mantienen aún visibles y, en algunos casos, como en el Chao Samartín, con su reconocimiento simbólico altamente operativo. Fue este un periodo caracterizado

por los desplazamientos de población de corto radio promovidos por los monarcas y los monasterios, en el que también participaron familias de particulares (Calleja, 2005: 193). Si, como ocurre en otras zonas de Asturias, los nuevos núcleos de poder comienzan a visibilizarse en torno a las iglesias, emplazándose en las proximidades o sobre las mismas ruinas de asentamientos que de un modo u otro ejercieron históricamente un cierto papel de centralidad respecto a las comunidades de su entorno, nada tiene de particular que el Chao Samartín fuese seleccionado como emplazamiento idóneo para establecer una cabecera local en el incipiente atlas político de la Asturias altomedieval. La intensificación de la actividad constructiva

que delata el expolio de las viejas ruinas castreñas a partir del siglo VIII y su consolidación como espacio funerario en los siglos posteriores son argumentos que así parecen refrendarlo.

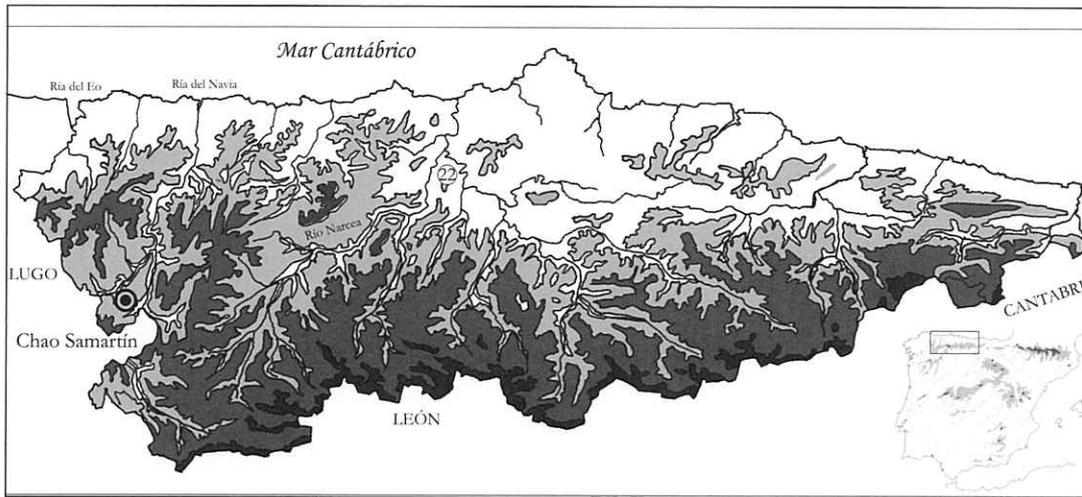
El progreso de las investigaciones arqueológicas habrá de constatar si tales hechos pueden vincularse definitivamente con la construcción de una iglesia sobre las ruinas romanas y si este acontecimiento puede interpretarse como revitalización del viejo hábitat, desplazado ahora a posiciones menos rigurosas y superpuesto a la vía jacobea, en su particular tránsito hacia la condición recuperada de capital comarcal, tal y como aún pudo reconocer a fines del siglo XVIII el corresponsal de Martínez Marina.

Tabla 3. Dataciones de carbono 14 mencionadas en el texto

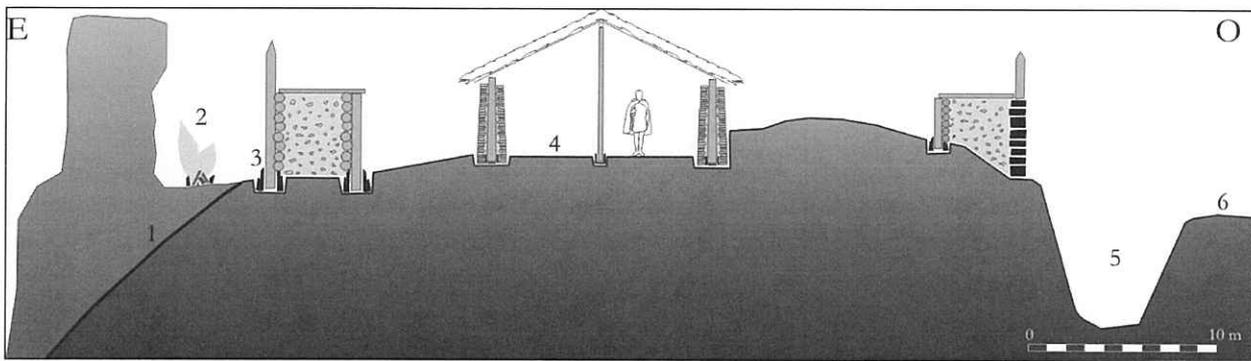
Muestra	Contexto	Fecha	Fecha calibrada
csic-1430	Expolio	1363 + 33	Cal ad 629-765
csic-1165	Expolio	1316 + 54	Cal ad 640-860
csic-1162	Expolio	1206 + 24	Cal ad 780-890
Beta-181787	Tumba T-45	1210 + 50	Cal ad 685-965
csic-1163	Expolio	1199 + 24	Cal ad 780-890
Beta-217995	Tumba T-4	1120 + 40	Cal ad 810-840 Cal ad 860-1000
Beta-217994	Tumba T-9	1040 + 40	Cal ad 910-920 Cal ad 960 1030
Beta-217993	Tumba T-47	590 + 40	Cal ad 1300-1420
Beta-217992	Tumba T-49	470 + 40	Cal ad 1410-1470

BIBLIOGRAFÍA

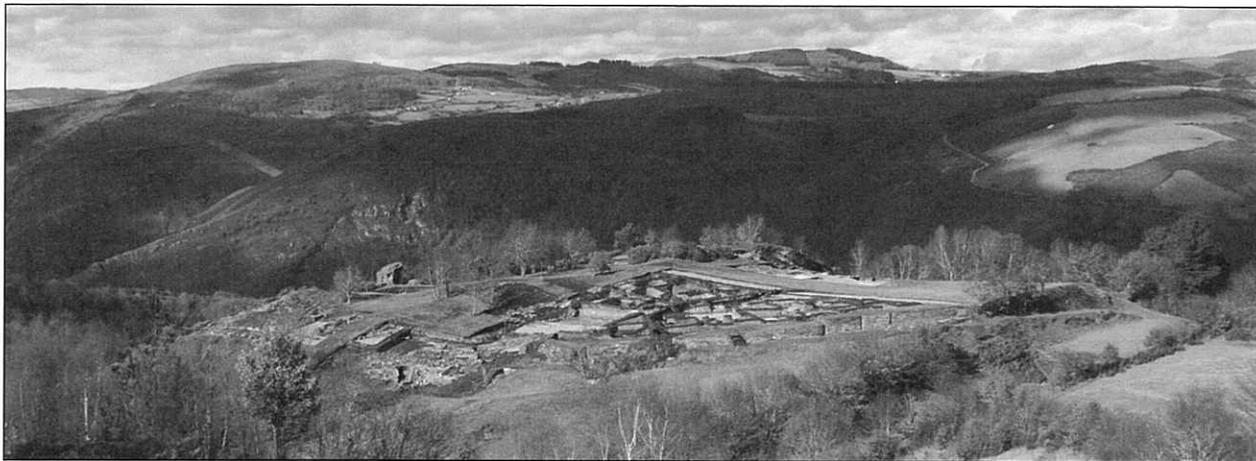
- ALBERT, A. M., y W. M. MAPLES (1995): «Stages of Epiphyseal Union for Thoracic and Lumbar Vertebral Centra as a Method for Age Determination for Teenage and Young Adult Skeletons», *J. For. Sci.*, núm. 40, pp. 623-633.
- ANDERSSON, M. (1994): *Sexual selection*, Princeton: Princeton University Press.
- CROWDER, C., y D. AUSTIN (2005): «Age ranges of epiphyseal fusion in the distal tibia and fibula of contemporary males and females», *J. For. Sci.*, núm. 50 (5), pp. 1-7.
- BLAS CORTINA, M. A. de (2003): «Estelas con armas: arte rupestre y paleometalurgia en el norte de la península ibérica», en R. de Balbín Behrmann, P. Bueno Ramírez y J. J. Alcolea González (eds.): *El arte prehistórico desde los inicios del siglo XXI: Primer Symposium Internacional de Arte Prehistórico de Ribadesella*, Ribadesella: Asociación Cultural Amigos de Ribadesella, pp. 391-417.
- BUIKSTRA, J., y D. UBELAKER (1994): *Standards for Data collection from Human Skeletal Remains*, Arkansas Archaeological Survey Research Series 44, Fayetteville (AR): Arkansas Archaeological Survey.
- CALLEJA PUERTA, M. (2005): «La Asturias medieval», en F. Frieria y A. Pérez (coords.): *Historia de Asturias*, Oviedo, pp. 151-341.
- CEBRIÁN FRANCO, J. J. (1997): *Obispos de Iria Flavia y arzobispos de Santiago*, Santiago de Compostela.
- DIEGO SANTOS, F. (1993): *Inscripciones medievales de Asturias*, Oviedo.
- FAZEKAS, I. G., y F. KOSA (1978): «Determination of Sex from the Dimensions of the Ilium», *For. Fetal Osteol.*, pp. 372-385.
- GONZÁLEZ Y FERNÁNDEZ-VALLES, J. M. (1978): «El culto cristiano en los emplazamientos de los castros de Asturias», en *Historia de Asturias. 2: Asturias protohistórica*, Salinas, pp. 239-258.
- ISCAN, M. Y., S. R. LOTH y R. K. WRIGHT (1984): «Age Estimation from the Rib by Phase Analysis: White Males», *J. For. Sci.*, núm. 29, pp. 1094-1104.
- S. R. LOTH y R. K. WRIGHT (1985): «Age Estimation from the Rib by Phase Analysis: White Females», *J. For. Sci.*, núm. 30, pp. 853-863.
- JANTZ, R. J., y P. H. MOORE-JANSEN (2000): *Database for Forensic Anthropology in the United States, 1962-1991*, ICPSR version, Knoxville (TN): University of Tennessee, Dept. of Anthropology.
- KHAN-AD-DIN, F. M. H. (2003): *Old Age, Height and Nutrition: Common Misconceptions About Medieval England*, Caidan Pentathlon.
- KÓSA, F., y C. CASTELLANA (2005): «New Forensic Anthropological Approachment for the Age Determination of Human Fetal Skeletons on the Base of Morphometry of Vertebral Column», *For. Sci. Internat.*, núm. 147, pp. 69-74.
- LEWIS, M., y C. ROBERTS (1997): «Growing pains: The Interpretation of Stress Indicators», *Int. J. Osteoarchaeol.*, núm. 7, pp. 581-586.
- LOVEJOY, C. O., R. S. MEINDL, T. R. PRYZBECK y R. P. MENSFORTH (1985): «Chronological Metamorphosis of the Auricular Surface of the Ilium: A New Method for the Determination of Adult Skeletal Age at Death», *Am. J. Phys. Anthropol.*, núm. 68, pp. 15-28.
- MANN, R. W., R. L. JANTZ, W. M. BASS y P. S. WILLEY (1991): «Maxillary Suture Obliteration: A Visual Method for Estimating Skeletal Age», *J. For. Sci.*, núm. 36 (3), pp. 781-791.
- MEINDL, R. S., y C. O. LOVEJOY (1985): «Ectocranial Suture closure: A Revised Method for the Determination of Skeletal Age at Death Based on the Lateral-Anterior Suture», *Am. J. Phys. Anthropol.*, núm. 8, pp. 57-66.
- OUSLEY, S. D., y R. L. JANTZ (1996): *Fordisc 2.0: Personal Computer Forensic Discriminant Functions*, Knoxville (TN): University of Tennessee.
- PASSALACQUA, N. V. (2007): *Forensic age-at-death estimation from the human sacrum*, Mercyhurst College Erie (PA).
- PASSALACQUA, N. V., y CABO L. (2007): «Forensic Age-at-Death Assessment: Multiple Methodologies Based on Four Techniques», *Am. J. Phys. Anthropol.*, núm. 132 (S44), p. 184.
- RODRIGUEZ VIGIL, J. L., y R. RODRÍGUEZ (2003): *Geografía Sagrada de Asturias*, Oviedo.
- PECHENKINA, E. A., R. A. BENFER y W. ZHIJUN (2002): «Diet and Health Changes at the End of the Chinese Neolithic: The Yangshao/Longshan Transition in Shaanxi Province», *Am. J. Phys. Anthropol.*, núm. 117, pp. 15-86.
- PASSALACQUA, N. V., L. CABO, y A. VILLA (2008): Current Bioarchaeological Investigations at the Castro de Chao Samartín, Asturias, Spain. *AM. J. Phys. Anthropol.* 135 (S46): 168.
- RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO, M. (1998): *La Europa atlántica en la Edad del Bronce. Un viaje a las raíces de la Europa occidental*, Madrid.
- SCHWEICH, M., y C. KNÜSEL (2003): «Bio-cultural Effects in Medieval populations», *Econ. Hum. Biol.*, núm. 1, pp. 367-377.
- ŠLAUS, M. (2000): «Biocultural Analysis of Sex Differences and Mortality Profiles and Stress Levels in the Late Medieval Population from Nova Rača, Croatia», *Am. J. Phys. Anthropol.*, núm. 111, pp. 193-209.
- SUCHEY, J. M., y D. KATZ (1998): «Applications of Pubic Age Determination in a Forensic Setting», en K. J. Reichs (ed.): *Forensic Osteology. Advances in the Identification of Human Remains*, Springfield: Charles C. Thomas, pp. 204-236.
- TOCHERI, M. W., y J. E. MOLTO (2002): «Aging Fetal and Juvenile Skeletons from Roman Period Egypt Using Basicocranium Osteometrics», *Int. J. Osteoarchaeol.*, núm. 12, pp. 356-363.
- UBELAKER, D. H. (1978): *Human Skeletal Remains: Excavation, Analysis, and Interpretation*, Washington: Smithsonian Inst. Press.
- GERVEN, D. P. van, S. G. SHERIDAN y W. Y. ADAMS (1995): «The Health and Nutrition of a Medieval Nubian Population: The Impact of Political and Economic Change», *Am. Anthropol.*, núm. 97(3), pp. 468-480.
- VILLA VALDÉS, Á. (2002): «Sobre la secuencia cronoestratigráfica de los castros asturianos (siglos VIII a. C.-II d. C.)», *Trabajos de Prehistoria*, núm. 59 (2), pp. 149-162.
- (2005): *El castro de Chao Samartín. Guía para su interpretación y visita*, Grandas de Salime: Sociedad Arqueológica Profesional.
- y L. CABO (2003): «Depósito funerario y recinto fortificado de la Edad del Bronce en el castro del Chao Samartín: argumentos para su datación», *Trabajos de Prehistoria*, núm. 60 (2), pp. 143-151.



1. Localización del Chao Samartín



2. Recreación de la acrópolis hacia el año 800 a. de C.



3. Durante la Edad del Hierro el castro se dotó de murallas modulares, características en los castros asturiano. Sobre el perfil del acantilado se destaca poderosa la figura de la roca que preside la acrópolis



4. Foto aérea del Chao Samartín, con indicación del área de dispersión de la necrópolis



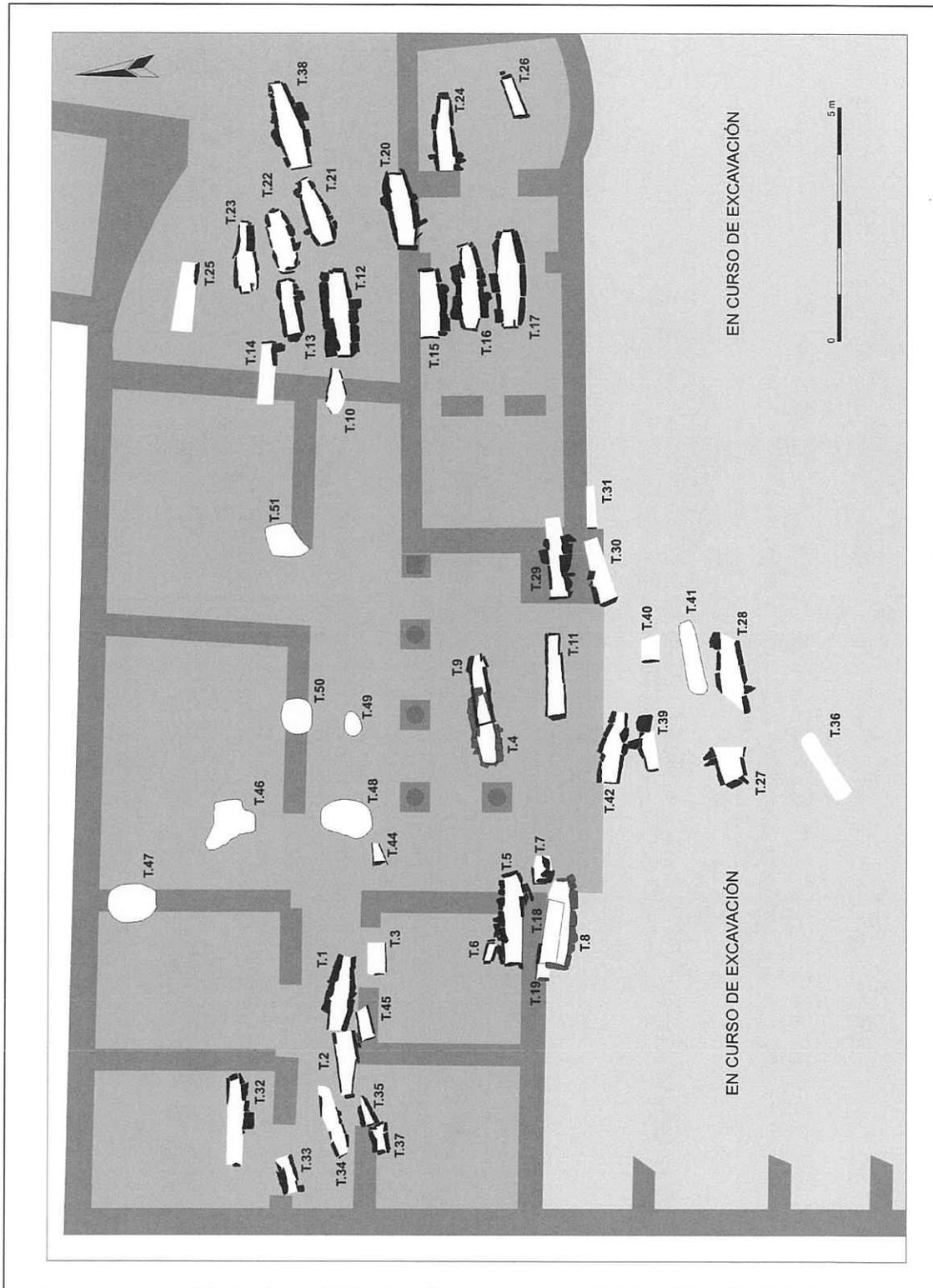
5. Los muros de algunos edificios fueron expoliados durante la Edad Media hasta su misma línea de cimentación



6. Las trincheras utilizadas para la extracción de piedra y material de construcción no alteraron sustancialmente los depósitos arqueológicos asociados. En la imagen, dos de las zanjas que alcanzaron la base de los edificios C-4 y C-7



7. Sección oriental del patio columnado de la domus altoimperial. Sobre la ruina romana se extienden varios horizontes de enterramiento con tumbas con estructura pétrea de cronología altomedieval y fosas simples de comienzos del siglo XV



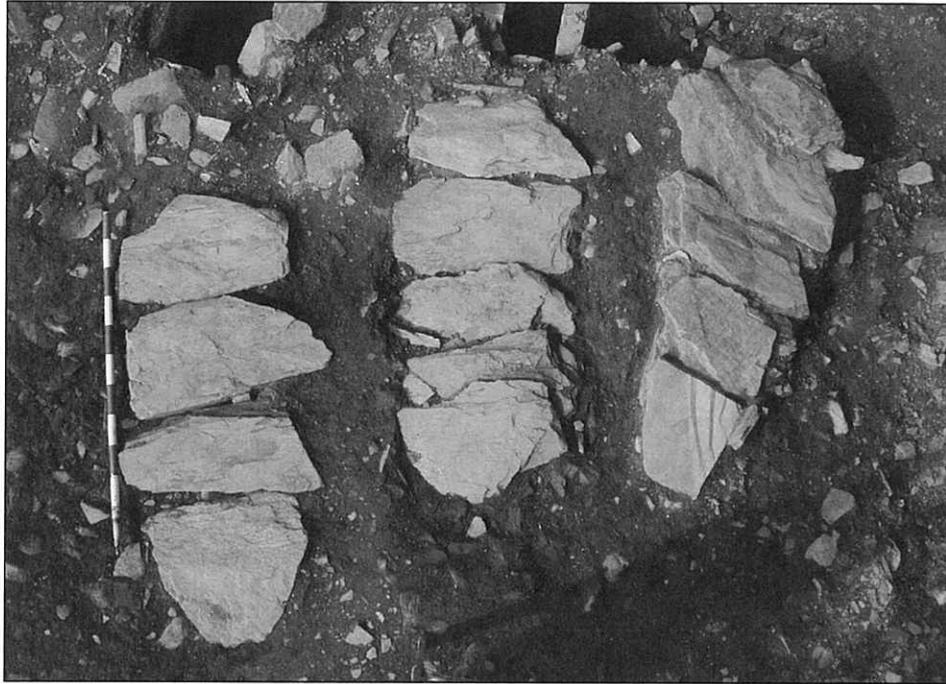
8. Distribución de los enterramientos identificados hasta la campaña del 2007



9. En ocasiones, las tumbas utilizan lienzos murales de la domus romana para completar la estructura funeraria. en la imagen se observa la carga de mortero aún adherida al muro



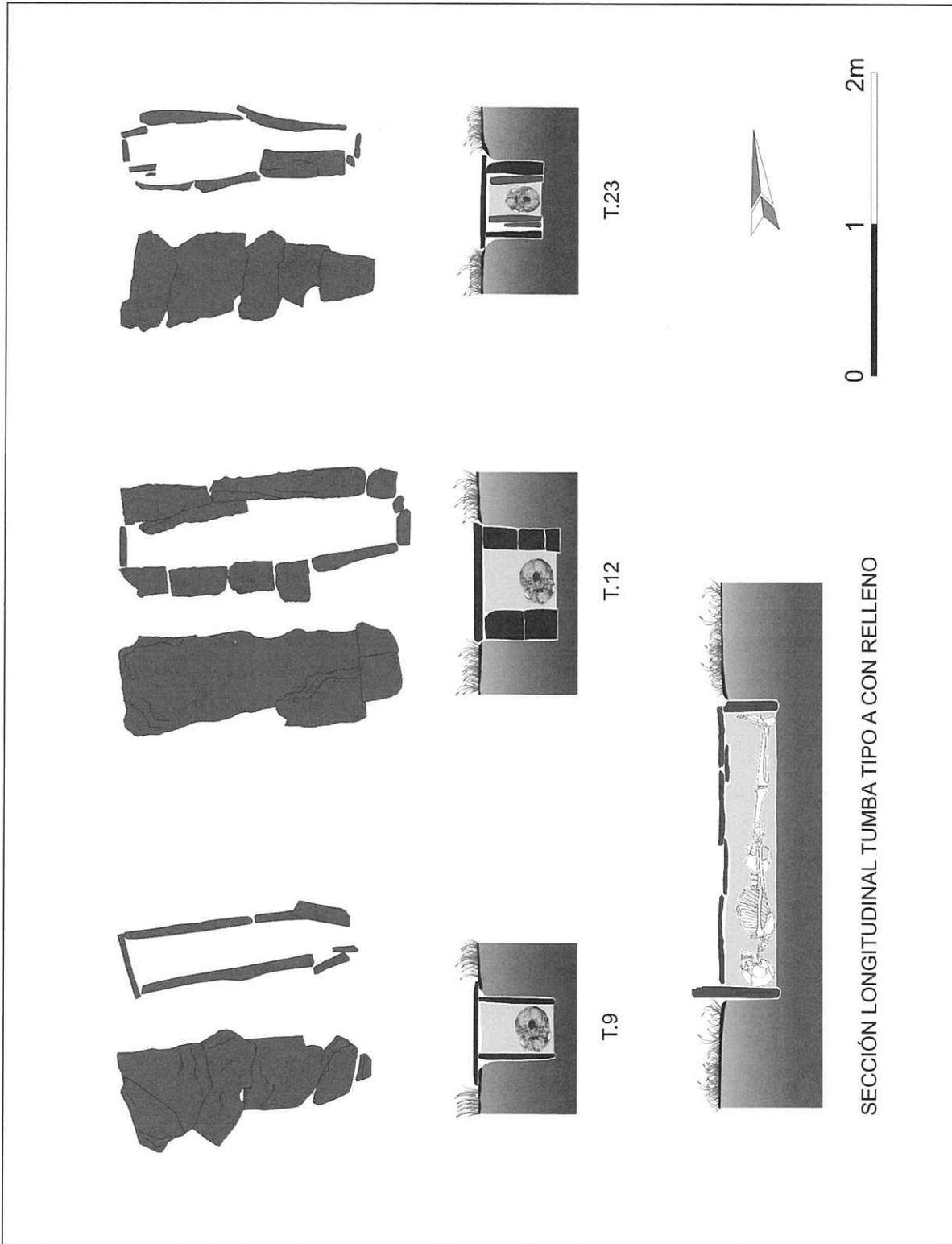
10. En función de los materiales más próximos, algunas tumbas presentan fábrica mixta con uso de mampuestos irregulares de cuarcita con losas hincadas de pizarra.



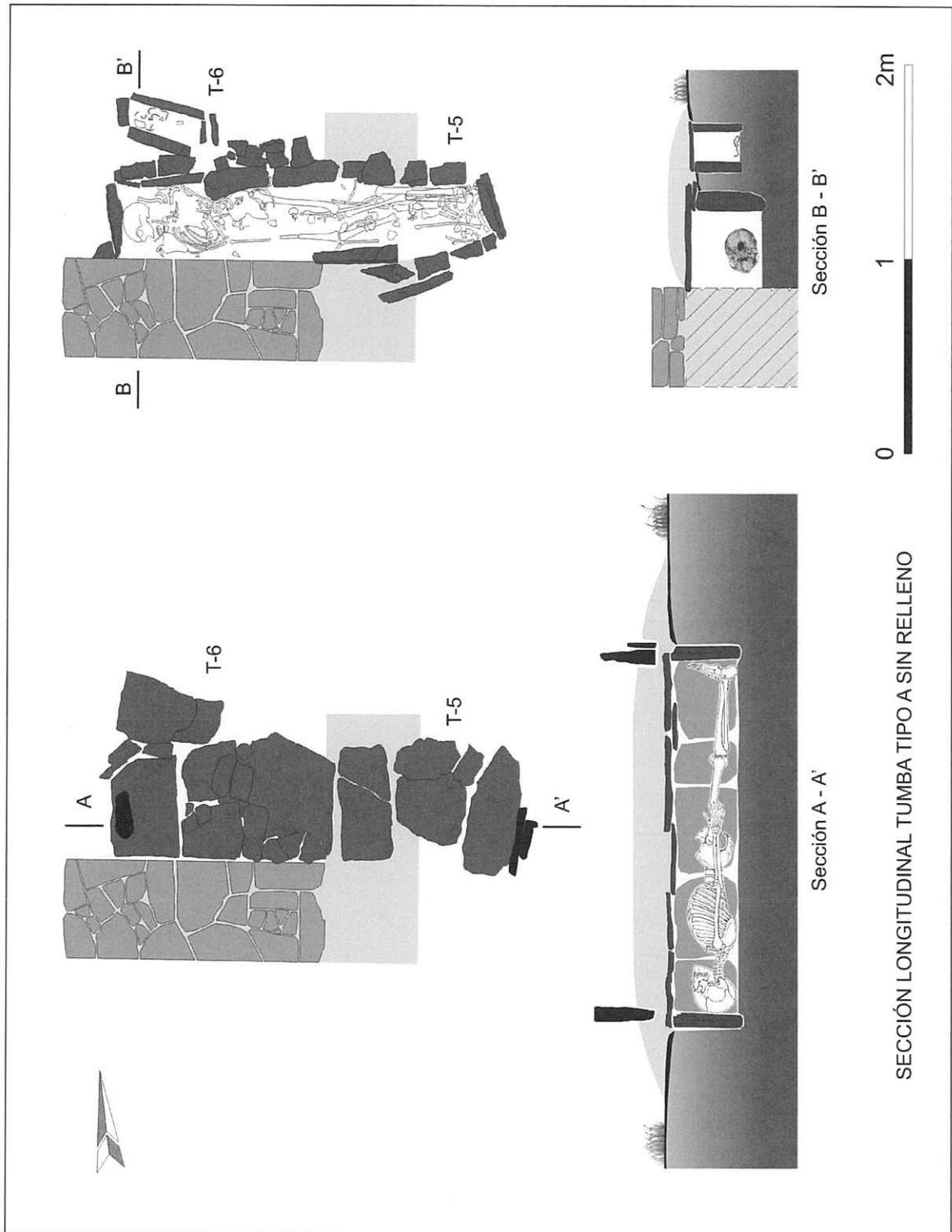
11. La mayor arte de enterramientos fueron sellados mediante el relleno de tierra intencionado de la tumba y posterior cubierta con lajas cortas de pizarra dispuestas transversalmente.



12. La señalización de las tumbas se consigue mediante la instalación de un piedra hincada, a modo de estela (al fondo) o bien haciendo sobresalir ligeramente una de las piezas de cierre, en este caso a los pies del difunto



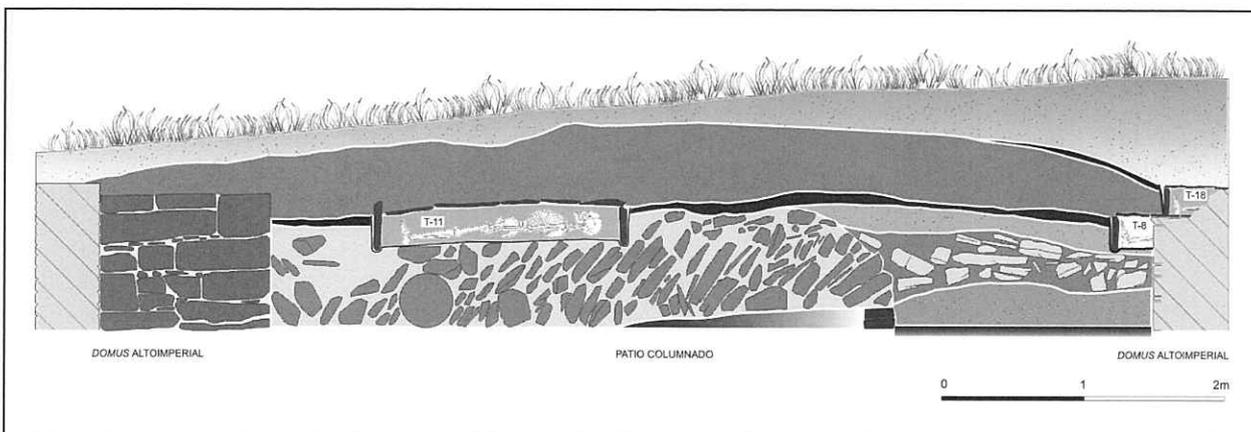
13. Variedades morfológicas dentro del grupo A de tumbas con estructura pétreo y relleno interior



14. Tumbas T-5 y T-6. Ejemplo de enterramiento sin relleno, con túmulo y sendas estelas de localización. Junto a la tumba del adulto, una pequeña cista contenía los restos de un individuo en edad infantil



15. Estelas que indican la localización de la tumba T-5 en su cabecera y pie



16. Sección estratigráfica simplificada del patio columnado de la domus, donde se advierten los horizontes superpuestos de enterramientos altomedievales



17. Distribución de las fosas con restos humanos datados hacia la primera mitad del siglo xv d. c. En primer término se aprecia el *opus caementicium* de la *domus* altoimperial.



18. La pronunciada pendiente de la colina evitó la formación de depósitos potentes sobre las estancias septentrionales de la *Domus*. Por este motivo, las intrusiones bajomedievales alcanzan y rompen aquí los pavimentos de la época romana.